

*El corbatín que estrangula.  
Antirromanticismo y  
anticatalanismo en el pensamiento  
de Eugenio d'Ors y de José  
Antonio Primo de Rivera\**

*August Rafanell*  
Universitat de Girona

*Resumen:* El antirromanticismo constituye uno de los reclamos del pensamiento reaccionario europeo de principios del siglo xx. José Antonio Primo de Rivera basó su filosofía política en aquella doctrina, ateniéndose en gran medida a los dictados del novecentista Eugenio d'Ors. Con el advenimiento de la Segunda República, el que se convertiría en líder del fascismo español presencia la victoria del sentir romántico en su doble vertiente, liberal y nacionalista, lo cual le lleva a impugnar el sistema democrático a la par que la dignidad de la lengua catalana, en cuya normativización había tenido un papel decisivo precisamente el *novecentista* Eugenio d'Ors.

*Palabras clave:* antirromanticismo, anticatalanismo, José Antonio Primo de Rivera, Eugenio d'Ors, lengua catalana.

*Abstract:* The antiromanticism was one of the basis of European reactionary thought of the early twentieth century. José Antonio Primo de Rivera based his political philosophy in that doctrine, largely in compliance with the dictates of *novecentista* Eugenio d'Ors. With the advent of the Second Republic, José Antonio, who would later become leader of Spanish fascism, presenced romantic feel victory in its double aspect, liberal and nationalist. This will lead him to challenge the democratic system, and at the same time, the dignity of Catalan lan-

---

\* Deseo agradecer a Borja de Riquer y a Antoni Marí sus consejos para la elaboración del presente trabajo.

guage, whose normativización had been promoted precisely by *noucentista* Eugenio d'Ors.

*Keywords:* antiromanticism, anticatalanism, José Antonio Primo de Rivera, Eugenio d'Ors, Catalan language.

Con el fusil todavía humeante, Ignacio Agustí Peypoch publicó en 1940 *Un siglo de Cataluña*, su primer libro en lengua castellana. El excombatiente Agustí se había servido hasta la fecha del catalán, tanto en verso como en prosa. Unos meses antes del estallido bélico, sin ir más lejos, había dado a conocer la comedia *Benaventurats els lladres*. Pero, en cosa de poco tiempo, a algunos compatriotas suyos se les robó un mundo, también un modo de expresión. A raíz del desenlace de 1939, para muchos de ellos el pasado reciente se convierte en pretérito remoto. Agustí no tendrá reparos en admitirlo desde los primeros compases de *Un siglo de Cataluña*. De lo que se trataba ahora era de militar entre las «juventudes liquidadoras en Cataluña del fenómeno romántico y liberal»<sup>1</sup>; esto es, entre los que, siguiendo la consigna de José Antonio Primo de Rivera, concebían el renacimiento que la cultura catalana había experimentado desde mediados del siglo XIX como una «tentativa de suicidio»<sup>2</sup>.

Aquellas sentencias de Agustí venían a concordar con las que Fernando Valls Taberner, historiador catalanista de preguerra, presentara como una «falsa ruta»: «Cataluña ha seguido una falsa ruta y ha llegado en gran parte a ser víctima de su propio extravío. Esta falsa ruta ha sido el nacionalismo catalanista»<sup>3</sup>. La culpa del desliz catalán, a fin de cuentas, residía en las ideas más que en las personas que las protagonizaron. Y esas malas ideas habían nacido un siglo atrás y su tutelaje en el movimiento espiritual que les dio cobijo, que era el romanticismo. Pervertidor de la salud pública, el roman-

<sup>1</sup> Ignacio AGUSTÍ: *Un siglo de Cataluña*, Barcelona, Destino, 1940, p. 5.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 71.

<sup>3</sup> Fernando VALLS TABERNER: «La falsa ruta», *La Vanguardia Española*, 15 de febrero de 1939; también en Fernando VALLS TABERNER: *Reafirmación espiritual de España*, Barcelona, Juventud, 1939, p. 99. Sobre la concomitancia entre Agustí y Valls, véase Carles SANTACANA: «Una lectura franquista de la cultura catalana als anys quaranta», en Carles SANTACANA (coord.): *Entre el malson i l'oblit. L'impacte del franquisme en la cultura a Catalunya i les Balears (1939-1960)*, Catarroja-Barcelona, Afers, 2013, p. 52.

ticismo devendrá una de las grandes heridas morales que el «nuevo orden» se propondrá hostilizar y finalmente borrar del mapa.

Pocos ejemplos más claros debe haber del discurso antirromántico activado con la victoria «nacionalista» como el que aporta otro catalán adicto a Franco. En 1942 Guillermo Díaz-Plaza reedita su *Introducción al estudio del romanticismo español*, obra que en 1935 le había valido el Premio Nacional de Literatura. En esta nueva edición el autor manresano, devoto de Eugenio d'Ors, se aprestaba a proclamar que «comenzamos ahora a sentirnos lo suficientemente distanciados del romanticismo del siglo XIX para intentar una perspectiva en el tiempo». No era sólo que el fenómeno romántico hubiese quedado sumido en la mera consunción biológica. Era que había sido definitivamente tumbado por la fuerza de las armas: «Las mismas formas políticas que hoy periclitán le debían su médula y sus ademanes; cuando no, hemos vivido en los modos antirrománticos, producidos por reacción directa y, por tanto, también, consecuencia del mismo fenómeno»<sup>4</sup>. El propio Larra pasaría, en opinión del Díaz-Plaza converso, por ser el preceptor de la República de 1931, «última consecuencia política del liberalismo romántico»<sup>5</sup>.

Naturalmente, todo eso no constaba en los originales que merecieron el Premio Nacional de 1935. Distribuida semanas antes del fatídico 18 de julio, la primera edición de *Introducción al estudio del romanticismo español* respiraba un aire distinto al de la segunda. Entre los pasajes que el público de posguerra ya no pudo leer está el siguiente:

«Queda el germen de otro romanticismo, del tradicional, que queda vencido —en la marcha sobre Madrid— por el revolucionario. Mas se afina en Cataluña y crea el regionalismo político, que constituye hoy el partido histórico —de derechas— en Cataluña. Así, la obra del romanticismo marcha, en Cataluña y en Castilla, por vía distinta a un resultado parecido y distante: la revolución política, intentada de golpe en Madrid —14 de abril— e inoculada lentamente en Barcelona. Así, a cien años de distancia, el romanticismo alienta todavía»<sup>6</sup>.

---

<sup>4</sup> Guillermo DÍAZ-PLAZA: *Introducción al estudio del romanticismo español*, 2.<sup>a</sup> ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1942, p. 19.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 176.

<sup>6</sup> *Ibid.*, 1936, p. 172.

Éste no es el único texto que, recuperado después de la contienda, presenta alguna que otra adaptación significativa. Algo parecido ocurre con el que Eugenio Montes dedicó a Frédéric Mistral y que publicó por primera vez en 1932 en el diario madrileño *El Sol*. Allí Montes se preguntaba si la obra del gran poeta de Provenza venía marcada por el sello romántico, que le hizo prodigarse en un idioma apenas regional, o más bien estaba moldeada por la forma clásica, como correspondía a un discípulo de Homero. Montes, militante en 1932 en el conservadurismo de *Acción Española*, responde, como lo hiciera el crítico Pierre Lasserre<sup>7</sup>, que la poesía de Mistral, contra lo que creía Lamartine, carecía del más mínimo primitivismo: «La confusión romántica se empeñaba entonces en identificar el arte con no sé qué ignorancias maravillosas, haciendo de Homero el arquetipo de ese popularismo innato, sin saber ni malicia [...] Porque Mistral fue, como el mismo Homero, todo lo contrario de un primitivo»<sup>8</sup>. Mistral era un clásico. De otra manera no hubiera elevado su obra a la categoría de obra maestra.

Pues bien, en 1940 Eugenio Montes, notable de la corte literaria de la Falange, recupera su antiguo elogio a Mistral para el libro *El viajero y su sombra*<sup>9</sup>. El texto resultante coincide en todo con el que hacía años sacara en *El Sol*. Coincide en todo, salvo en la coda: «Para un rusioniano, romántico y cobarde, el campo puede ser paisaje, pero para un mistraliano, clásico y valiente, el campo es poesía, es decir, propiedad»<sup>10</sup>. Era una manera como otra de decir que el orden tenía que sobreponerse siempre al desorden.

## El mal de Rousseau

Con el advenimiento de la República española se intensifica la embestida antirromántica. Entonces el parlamentarismo es presen-

<sup>7</sup> Pierre LASERRE: *Frédéric Mistral. Poète, moraliste, citoyen*, París, Payot & Cie., 1918, pp. 21-23.

<sup>8</sup> Eugenio MONTES: «Ritos mistralianos», *El Sol*, 11 de septiembre de 1932.

<sup>9</sup> Sobre la relación de Montes con José Antonio y la Falange véase Mónica CARBAJOSA y Pablo CARBAJOSA: *La corte literaria de José Antonio. La primera generación cultural de la Falange*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 22-26.

<sup>10</sup> Eugenio MONTES: *El viajero y su sombra*, Madrid, Cultura Española, 1940, p. 41.

tado por sus debeladores como hijo natural de las libertades empezadas a pregonar un siglo atrás. Igual el catalanismo, capitalizado por la izquierda republicana. Tanto el sistema democrático como el nacionalismo aparecerán emparejados como consecuencia del mal difundido durante el ciclo romántico. Basta releer por encima las palabras que José Antonio Primo de Rivera pronunció en el mitin inicial de Falange Española de 29 de octubre de 1933 y que tantas veces será recordado en los años venideros. Allí comparece a las primeras de cambio «un hombre nefasto que se llamaba Juan Jacobo Rousseau»<sup>11</sup>. Al pensador ginebrino era imputable la proliferación del sufragio, o sea, la relativización de los sistemas de gobierno según lo dispusiera el sentir mayoritario de los administrados. A Rousseau era debido el amaño liberal y, con él, la secuela nacionista.

Las fuentes de la monomanía del artifice del falangismo son múltiples y convergentes. En primera instancia, sin duda, está el poso dejado por los contrarrevolucionarios del siglo XIX<sup>12</sup>. De todos modos, el atributo «nefasto» concedido por José Antonio al postulante de la autodeterminación social recuerda, antes que nada, el «infausto talento» que le endosara el pensador católico Jaime Balmes<sup>13</sup>. La verdad es que de «nefasto» a «infausto» media muy poca distancia, incluso formal. Es harto probable que el líder de la Falange tuviese aún más a mano los dictados de Marcelino Menéndez y Pelayo, que solía conceptuar a Rousseau algo así como el prototipo del *beautontimorumenos* romántico. Para el polígrafo montañés, Rousseau representaría «la invasión de la democracia en el arte y en la vida», en calidad de «primer romántico en acción [...] primer enfermo de lo que luego en 1830 se llamó *el mal del siglo*». Según don Marcelino, el autor de *Du contrat social*, del *Émile*, el difusor de la *rêverie* como método de conocimiento, habría acaudillado «una legión de neurópatas, egoístas, melancólicos y soberbios, in-

<sup>11</sup> José Antonio PRIMO DE RIVERA: «Discurso de la fundación de Falange Española», *Obras completas de José Antonio Primo de Rivera*, Madrid, Publicaciones de la Dirección General de Propaganda, 1950, p. 17.

<sup>12</sup> Véase, por ejemplo, el índice onomástico de Javier HERRERO: *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1971. Véase, asimismo, Ismael SAZ: «La extrema derecha en la España contemporánea», *Ayer*, 71 (2008), pp. 153-174.

<sup>13</sup> Jaime BALMES: «La civilización», *La Civilización. Revista religiosa, filosófica, política y literaria de Barcelona*, I (1841), p. 57.

hábiles para la acción, consumidos por su propio fuego, hastiados e iludidos por las quiméricas pompas de su espíritu, corrompedores de la sincera visión del mundo y homicidas lentos de su propia conciencia y energía»<sup>14</sup>.

En la obra completa del fundador de la Falange no se encuentra ni una sola referencia expresa a Menéndez y Pelayo; en cambio, sí hay bastantes al «nefasto» ginebrino. La fijación de Primo de Rivera en el maldito «Juan Jacobo» debió de obedecer a unas inducciones más bien indirectas, interpretadas desde la temperatura que impregnó los sentimientos y los resentimientos de José Antonio en su etapa de formación. Y es que el brío antirromántico recorrió buena parte de la ideología europea de comienzos del siglo xx. En concreto, del pensamiento ultraconservador<sup>15</sup>. Por razones de accesibilidad idiomática, debieron quedar más al alcance de los afectos españoles al antiliberalismo las contribuciones que en este sentido se prodigaron en la Francia de la III República, tensada primero con el *affaire* Dreyfus y luego con la Gran Guerra.

Ya en 1906 Pierre Lasserre revolucionó el panorama de la historia cultural con el ensayo *Le Romantisme Français*, cuyo hilo conductor poseía una rigidez completa. Para Lasserre, a la sazón próximo al monarquismo antirrevolucionario de Charles Maurras, el romanticismo constituía una grave enfermedad; era literalmente «une maladie de l'âme»<sup>16</sup>. Jean-Jacques Rousseau habría sido el principal exportador de la misma: «Rien du Romantisme qui ne soit du Rousseau. Rien dans Rousseau qui ne soit romantique»<sup>17</sup>. En opinión de Lasserre, el romanticismo de los Hugo, Lamartine, Michelet o Quinet proporcionó pasto espiritual a la Revolución, cizaña a la barbarie sembrada a lo largo de todo un siglo. Con su exaltación infantil de la naturaleza y su persecución del utopismo político, los románticos prendieron fuego a la paz civil. Ya fuera en la versión «pura» de 1789-1793 o

<sup>14</sup> Marcelino MENÉNDEZ PELAYO: *Historia de las ideas estéticas en España*, V, *Introducción al siglo XIX (III Francia)*, Santander, Aldus, 1940, p. 226. Cf. *ibid.*, p. 9.

<sup>15</sup> Véase José Antonio PÉREZ BOWIE: «Falange y romanticismo», en Roberto DENGLER GASSIN (ed.): *Estudios humanísticos en homenaje a Luis Cortés Vázquez*, 2 vols., Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1991, p. 633.

<sup>16</sup> Pierre LASSERRE: *Le Romantisme Français. Essai sur la révolution dans les sentiments et dans les idées au XIX<sup>e</sup> siècle*, 4.<sup>a</sup> ed., París, Mercvre de France, 1911, p. VIII.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 15.

en la «mitigada» de las generaciones posteriores, su propósito era uno solo: el de la «dissémination atomique» por lo característico, el de la contravención del ancestral orden comunitario<sup>18</sup>.

Aunque finalmente separado de Maurras, Lasserre se mantendrá fiel al arrebato antirromántico y, por ende, antimoderno. Su obra incluso devendrá de cabecera para muchos militantes de la Action Française<sup>19</sup>. Carl Schmitt hizo suyas algunas de las tesis allí expuestas en *Politische Romantik* (1921), obra vertida parcialmente al francés en 1928. Tal vez también se sirvió de la perspectiva de Lasserre Oswald Spengler, que en su célebre *Der Untergang des Abendlandes* (1918-1922), libro pronto traducido al español, asociaba el «retorno a la naturaleza» de Rousseau al «arte moribundo»<sup>20</sup> y su programa de refundación a la ética del socialismo marxista<sup>21</sup>, cuando no a las evasiones de Confucio, Buda y Sócrates<sup>22</sup>. El magisterio de Lasserre, en cualquier caso, se hace más que patente en Léon Daudet, parlamentario *royaliste* y director del periódico de la Action Française. Lo que Lasserre tiene de defensa del clasicismo, Daudet lo tiene de ataque frontal a todos y cada uno de los gestos efectuados por la cultura europea al calor del acervo romántico. El pecado original de todo ello recaía, por supuesto, en el «pervers genevois» Rousseau<sup>23</sup>.

Idéntico combate hacía tiempo que lo había emprendido Charles Maurras, mentor tanto de Lasserre como de Daudet. Al igual que éstos, Maurras propendió a aquilatar el fermento romántico como un bacilo mortal, propulsor de la anarquía pura<sup>24</sup>. A su juicio, a finales del siglo XIX Rousseau habría resucitado al frente de la cábala de adeptos al capitán Dreyfus en condición de «aventurier nourri de révolte hébraïque»<sup>25</sup>. Ya entre 1901 y 1902 el teórico del «naciona-

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 347.

<sup>19</sup> Eugen WEBER: *L'Action Française*, París, Stock, 1964, p. 98.

<sup>20</sup> Oswald SPENGLER: *La decadencia de Occidente. Bosquejo de una morfología de la historia universal*, t. I, Madrid, Espasa, 1998, p. 502.

<sup>21</sup> *Ibid.*, t. I, pp. 773 y 599-600.

<sup>22</sup> *Ibid.*, t. II, p. 774.

<sup>23</sup> Léon DAUDET: «Le stupide XIXe siècle (1789-1919)», en *Souvenirs et polémiques*, París, Robert Laffont, 1992, pp. 1220-1223.

<sup>24</sup> James MCCARNEY: *Maurras et son temps*, París, Albin Michel, 1977, p. 144. Para una visión de conjunto del atirromanticismo maurrasiano véase Pierre BOUTANG: *Maurras. La destinée et l'oeuvre*, París, Plon, 1984, pp. 255-313.

<sup>25</sup> *L'Action Française*, 15 de octubre de 1899; citado por Raymond TROUSSON:

lismo integral» se había despachado contra Victor Hugo, de cuyo nacimiento entonces se conmemoraba el centenario<sup>26</sup>. Era el mismo Hugo a quien nunca se le podría perdonar el arranque de sinceridad del prólogo de *Cromwell* (1827), cuando declaraba que el romanticismo no era más que el liberalismo pasado a la literatura.

En el comienzo de *Barbarie et poésie*, firmado en 1924, Maurras coronará la condena a Hugo y sus secuaces con un símil biológico: si era cierto que alguien podía heredar la tuberculosis (el mal romántico *par excellence*) no lo era menos que, antes de que se le manifestara la enfermedad, existía «l'étincelle de l'existence». Antes de la propagación del «microbe du Romantisme et de la Révolution», portador del yoísmo en rebeldía, estaba la vida, pues estaba la transmisión hereditaria<sup>27</sup>. Maurras ya había incidido en la misma equiparación en el volumen titulado *Romantisme et Révolution* (1922). Como anotará en el prefacio a la edición definitiva del libro, el virus que alimentaba aquel binomio lo había inoculado un «parasite», un «entretenu», un miserable poseído, a partes iguales, por «l'homme criminel ou l'homme sauvage et le simple fou»<sup>28</sup>. Huelga decir que Maurras se refería a Rousseau. El reverso de la Revolución era la santa continuidad. El del romanticismo, el irrompible clasicismo<sup>29</sup>.

## Las fuentes locales

El «hombre nefasto» que José Antonio adujo en el mitin fundacional de 1933 venía a culminar una vieja querrela. Quién sabe si el primogénito del exdictador ignoraba poco o mucho las fuentes europeas del descrédito de Rousseau. Es probable que no sucediese lo

---

*Défenseurs et adversaires de J.-J. Rousseau, d'Isabelle de Charrière à Charles Maurras*, París, Champion, 1995, p. 317.

<sup>26</sup> Charles MAURRAS: *Lorsque Hugo eut les cent ans*, París, Madame Lesage, 1926.

<sup>27</sup> Charles MAURRAS: *Barbarie et poésie*, París, Nouvelle Librairie Nationale-Librairie Ancienne Honoré Champion, 1925, p. V.

<sup>28</sup> Charles MAURRAS: «Préface à l'édition définitive», en *Romantisme et Révolution*, Versailles, Bibliothèque des Œuvres Politiques, 1928, p. 6.

<sup>29</sup> Victor NGUYEN: *Aux origines de l'Action française. Intelligence et politique à l'aube du XXe siècle*, París, Fayard, 1991, esp. pp. 737-788.

propio con las autóctonas que bebieron de aquéllas. Además del recuerdo de Balmes o de Menéndez y Pelayo, José Antonio debió de tomar en consideración las críticas que José Ortega y Gasset había deslizado en diversos lugares de su obra hacia «la bestia romántica» que el hombre clásico tendría que tender a «domeñar»<sup>30</sup>, o bien, más explícitamente, hacia la «perversión de Rousseau»<sup>31</sup>. Pues, al proponer la vuelta del hombre a la naturaleza, el funesto ginebrino «proclamaba también la ruptura de la civilización»<sup>32</sup>. Romanticismo, según Ortega, era sinónimo de pesimismo, con su «voluptuosidad de la tristeza»<sup>33</sup>; representaba «confusión e imperfección»<sup>34</sup>, y el rousseanismo directamente una «salvajada»<sup>35</sup>.

El culturalismo orteguiano, aderezado con sobredosis de estatismo totalizante, calará hondo en la génesis de la ideología joseantoniana, tal y como reconocieron algunos de sus seguidores<sup>36</sup>. Menos revisada está la influencia sobre Primo de Rivera del catalán Eu-

<sup>30</sup> José ORTEGA Y GASSET: «Teoría del clasicismo», *El Imparcial*, 2 de diciembre de 1907; reproducido en José ORTEGA Y GASSET: *Obras completas*, t. I, 7.ª ed., Madrid, Revista de Occidente, 1966, p. 75.

<sup>31</sup> José ORTEGA Y GASSET: «El “Quijote” en la escuela», *El Sol*, marzo-junio de 1920; reproducido en José ORTEGA Y GASSET: *Obras completas...*, t. II, p. 282.

<sup>32</sup> José ORTEGA Y GASSET: «Tres cuadros del vino (Tiziano, Poussin y Velázquez)», *El Sol*, 1911; reproducido en José ORTEGA Y GASSET: *Obras completas...*, t. II, p. 56.

<sup>33</sup> José ORTEGA Y GASSET: *Para un museo romántico*, Madrid, Comisaría Regia del Turismo, 1922, p. 25.

<sup>34</sup> José ORTEGA Y GASSET: «Leyendo el “Adolfo” libro de amor», *Obras completas...*, t. II, p. 26.

<sup>35</sup> José ORTEGA Y GASSET: «Biología y pedagogía o el “Quijote” en la escuela», *El Sol*, 18 de marzo de 1920; reproducido en José ORTEGA Y GASSET: «La paradoja del salvajismo», *Obras completas...*, t. II, pp. 279-283.

<sup>36</sup> Francisco BRAVO: *José Antonio. El hombre, el jefe, el camarada*, Madrid, Ediciones Españolas, 1939, p. 52; Ernesto GIMÉNEZ CABALLERO: *Genio de España*, Barcelona, Jerarquía, 1939, p. 50; Ramiro LEDESMA RAMOS: *¿Fascismo en España? Discurso a las juventudes de España*, Barcelona, Ariel, 1968, p. 55, y Ramón SERRANO SUÑER: *De Hendaya a Gibraltar*, Madrid, Ediciones y Publicaciones Españolas, 1947, p. 370. Véanse también Javier F. LALCONA: *El idealismo político de Ortega y Gasset*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1974, p. 264; José-Carlos MAINER: *Falange y literatura*, Barcelona, Labor, 1971, pp. 18-19, y Julio RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS: *Literatura fascista española*, I, *Historia*, Madrid, Fuensanta, 1986, p. 36. Puede consultarse, asimismo, el reciente libro de Ferran GALLEGU: *El Evangelio fascista: la formación de la cultura política del franquismo (1930-1950)*, Barcelona, Península, 2013.

genio d'Ors, quizás a causa de un prejuicio más bien estético<sup>37</sup>. Si bien es verdad que, a diferencia de Ortega, Xènius sí acabaría alisándose al haz hispano, convirtiéndose en «un Ortega más a la derecha que Ortega». No es de extrañar en quien, según Vicente Cacho Viu, introdujo el «fascismo primigenio» en Cataluña<sup>38</sup>. De hecho, ya desde sus primeros años catalanes, la filosofía de d'Ors retuvo mucho de la envoltura maurrasiana, con el mal concepto que ésta tenía del «ochocentismo»<sup>39</sup>. Desde 1905 d'Ors había concebido una estética rupturista con los modos decimonónicos, y muy en particular con su concepción estática de la naturaleza, debida a la herencia de Rousseau, «el primer cándid d'una llarguíssima llista de cándids que, començant en ell, ha acabat per omplir el món, encomanant arreu una singular malaltia ideològica»<sup>40</sup>. Como en Lasserre, en el joven d'Ors el rousseauinismo representaba una enfermedad. El envilecimiento del gusto provenía de la adopción del «cinismo» en la cultura<sup>41</sup>, dimanaba de la entronización de la «Santedat de la Passió»<sup>42</sup>. El de Rousseau era un caso clínico<sup>43</sup>. Su pedagogía, empírica y sentimental, un fiasco<sup>44</sup>. Todo esto lo sostenía Xènius cuando aún seguía

<sup>37</sup> Véase José M.ª PEMÁN: *Mis almuerzos con gente importante*, Barcelona, Dopesa, 1970, p. 115.

<sup>38</sup> FRANCISCO UMBRAL: *Amado siglo XX*, Barcelona, Planeta, 2007, p. 156, y VICENTE CACHO VIU: *Revisión de Eugenio D'Ors, 1920-1930, seguida de un epistolario inédito*, Barcelona, Quaderns Crema-Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1997, pp. 29-31.

<sup>39</sup> ENRIQUE UCCELAY-DA CAL: *The shadow of a doubt: fascist and communist alternatives in catalan separatism, 1919-1939*, Barcelona, Institut de Ciències Polítiques i Socials, 2002, p. 7.

<sup>40</sup> Sobre el romanticismo como patología, véase Guillermo DÍAZ-PLAJA: *Estructura y sentido del novecentismo español*, Madrid, Alianza Editorial, 1975, pp. 198-202.

<sup>41</sup> Eugeni D'ORS: «De la Natura, ab majúscula», *La Veu de Catalunya*, 8 de agosto de 1907; reproducido en Eugenio D'ORS: *Glosari, 1906-1907*, Barcelona, Quaderns Crema, 1996, p. 594.

<sup>42</sup> Eugeni D'ORS: «Tasca de Quaresma. IV divendres», *La Veu de Catalunya*, 27 de marzo de 1908; reproducido en Eugeni D'ORS: *Glosari, 1908-1909*, Barcelona, Quaderns Crema, 2001, p. 85. Véase también ÍD.: «Els problemes sentimentals d'un home del Noucents. II», *La Veu de Catalunya*, 1 de marzo de 1912; reproducido en Eugeni D'ORS: *Glosari, 1912-1913-1914. Amb la sèrie «Flos sopborum»*, Barcelona, Quaderns Crema, 2005, pp. 85-86.

<sup>43</sup> Eugeni D'ORS: «Guia de l'albir en els nerviosos escrupolosos (Primer divendres de Quaresma)», *La Veu de Catalunya*, 26 de febrero de 1909; reproducido en Eugenio D'ORS: *Glosari, 1908-1909...*, pp. 426-427.

<sup>44</sup> Enric JARDÍ: *Eugeni d'Ors. Vida i obra*, Barcelona, Aymà, 1967, p. 156.

la estela de la Lliga Regionalista, publicando sus *gloses* en catalán y para estricta edificación de catalanes.

Cabría evaluar, de todas formas, la influencia de Eugenio d'Ors sobre el pensamiento genérico español a partir de su «defenestración», así como de su divorcio de la lengua catalana, la misma que le había propulsado al mundo de la «Ciencia de la Cultura»<sup>45</sup>. Resultado de la definitiva separación con el catalanismo, allá por 1920, Xènius experimentó un cambio de coordenadas, aunque sus nuevas perspectivas serán, más que mentales, espaciales. A decir de Ramón Gómez de la Serna, d'Ors «un día aparece residiendo en Madrid, y así como Valle llevó a la corte su galaiquismo, convencido de que había que fundar la gran nación, Ors trae su catalonía»<sup>46</sup>. Del *noucentisme* originario, promotor de un imperialismo de cuño barcelonés-catalán, Eugenio d'Ors pasará a un *novecentismo* en el que el centro de la «política de misión» va a radicar en el Estado, hipostasiado en la España castellana; en la España que ya supo «profetizar pasado» con los Reyes Católicos<sup>47</sup>. El Pantarca se dedicará entonces a reescribir su obra catalana adaptándola a su nueva residencia<sup>48</sup>. Enric Ucelay-Da Cal ha desentrañado, en una obra imprescindible, los pormenores de tal evolución<sup>49</sup>.

La coordenada que no se vio corregida por el traslado de d'Ors fue la que definía el movimiento novecentista «antitética, polémicamente, frente al estilo de vida del ochocientos»<sup>50</sup>. En el fondo, como

---

<sup>45</sup> Para una visión de la idea que d'Ors tenía de dicha disciplina véase su obra póstuma titulada precisamente *La ciencia de la cultura*, Madrid, Rialp, 1964; así como Erundino ROJO PÉREZ: *La ciencia de la cultura (teoría historiográfica de Eugenio d'Ors)*, Barcelona, J. Flors, 1963. Sobre la llamada «defenestración» de Eugenio d'Ors existe el clásico trabajo de Guillem DÍAZ-PLAJA: *La defenestración de Xènius*, Andorra la Vieja, Andorra, 1967, y ahora también Maximiliano FUENTES CODERA: «La defenestració de Xènius: una qüestió política i ideològica», *Cercles. Revista d'Història Cultural*, 15 (2012), pp. 137-164.

<sup>46</sup> Ramón GÓMEZ DE LA SERNA: *Retratos contemporáneos*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1941, y Madrid, Aguilar, 1989, p. 311.

<sup>47</sup> Eugenio D'ORS: *Vida de Fernando e Isabel*, Barcelona, Juventud, 1982, p. 9.

<sup>48</sup> Véase Javier VARELA: «El sueño imperial de Eugenio d'Ors», *Historia y Política*, 2 (julio-diciembre de 1999), p. 70.

<sup>49</sup> Enric UCELAY-DA CAL: *El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó, D'Ors y la conquista moral de España*, Barcelona, Edhasa, 2003.

<sup>50</sup> José L. ARANGUREN: *La filosofía de Eugenio d'Ors*, Madrid, Ediciones Españolas, 1945, p. 203.

consigna José-Carlos Mainer, d'Ors nunca dejó de ser «un añorante de la autoridad»<sup>51</sup>. Subrayarían dicha línea multitud de alusiones desplegadas a lo largo de su *glosario* castellano a partir de la segunda década del siglo. No se trata ahora de inventariarlas, pues sería tarea de nunca acabar. Allí reaparecen, sin embargo, las clasificaciones de Lasserre, conectoras del romanticismo político (1800) con el literario (1830) y el social (1848)<sup>52</sup>. Reaparece la idea de la desestabilización de lo moral a base de lo sincero: «Todos sabemos cuán constitucional es, a cualquier romanticismo, la tendencia a lo extraordinario. También el romanticismo, con sus estremecimientos, quebradores del equilibrio, amenaza a la vida devota»<sup>53</sup>. En varios pasajes del «nuevo glosario» rebrota, en fin, la buenaventura novecentista, ya desgajada de toda añadidura ultralocal y presentada básicamente como negación de las maneras decimonónicas: «Cien años de esfuerzos de restauración clásica se necesitarán ahora para corregir sus efectos»<sup>54</sup>.

En unos tiempos en los que en España empieza a periclitarse la dictadura del general Primo de Rivera, y con ella el entero régimen político tradicional, d'Ors avisa a los navegantes que la repesca romántica podía acarrear algo más que una recaída indumentaria. Ante la vuelta a un naturalismo como el derrochado a espaldas por las novelas catalanas del fin de siglo, para d'Ors tenía que refulgir «la política de luz»<sup>55</sup>. Ante el nacionalismo de vía estrecha, la avenida de imperialismo: «Como el individualismo, el nacionalismo es siempre una tesis *liberal* [...] Queda, para el derecho de los individuos, para el derecho de las naciones, *la otra*. *La otra* es la que ha escogido mi conciencia»<sup>56</sup>. Según el d'Ors de los últimos veinte, toda contemporización con el momento anterior a la reacción novecen-

<sup>51</sup> José-Carlos MAINER: *Años de vísperas. La vida de la cultura en España (1931-1939)*, Madrid, Espasa-Calpe, 2006, p. 99.

<sup>52</sup> Eugenio D'ORS: «Tres generaciones románticas», *Las Noticias*, 19 de febrero de 1922; reproducido en Eugenio D'ORS: *Nuevo glosario*, I (MCMXX-MCMXXVI), Madrid, Aguilar, 1947, pp. 597-598.

<sup>53</sup> Eugenio D'ORS: «Del romanticismo en la tristeza», *Las Noticias*, 7 de enero de 1923; reproducido en Eugenio D'ORS: *Nuevo glosario...*, I, p. 732.

<sup>54</sup> Eugenio D'ORS: «Los novecentistas», *Abc*, 1 de diciembre de 1923; reproducido en Eugenio D'ORS: *Nuevo glosario...*, I, p. 785.

<sup>55</sup> Eugenio D'ORS: «Marañón», *Abc*, 28 de enero de 1928; reproducido en Eugenio D'ORS: *Nuevo glosario...*, II, p. 258.

<sup>56</sup> Eugenio D'ORS: «Las tesis liberal y la otra», *Abc*, 29 de febrero de 1928; reproducido en Eugenio D'ORS: *Nuevo glosario...*, II, p. 266.

tista significaba complicidad con el error: «Hoy, si condenamos al romanticismo, hemos de condenar a la vez, en bloque, el momento de la cultura en que nació»<sup>57</sup>. Ante el situacionismo, tanto en cultura como en política, está la idealidad: «*El romanticismo político*, de Carl Schmitt, es un libro admirable. ¡Con cuánto rigor lógico y, a la vez, histórico saber se demuestra allí la fatalidad con que todo romanticismo político se traduce en un oportunismo!». La abundancia de lo concreto es el mal romántico por excelencia: «Latitudinarianismo y acomodo resultan, a mi ver, no menos que del romanticismo en política, del romanticismo en cualquier orden de cosas»<sup>58</sup>.

Con la proclamación de la Segunda República española, el glosador extrema su tendencia a la parábola. La nueva situación le ha convertido de repente en un inadaptado, en un «católico errante». A toro pasado, d'Ors calificaría la revolución de abril de 1931 de «plebeyo jolgorio en que una inconsciente muchedumbre se tragó quince siglos de tradición como pueden tragarse doce gramos de uva, al punto de medianoche de Año Nuevo»<sup>59</sup>. El órsida Jaime Delgado reparará en cómo a partir de aquel momento «sus ideas sobrenacionalistas atraen sobre d'Ors duras e incomprensibles críticas, y el glosador va quedando moralmente desterrado»<sup>60</sup>. Un botón de muestra de ello lo ofrecería el propio Pantarca al cabo de unos días del 14 de abril, al establecer el símil entre los defensores de la civilización y los remeros del Volga.

La naturaleza siempre es hostil e ingente el esfuerzo para sobreponerse a ella. El cambio de régimen español ponía en evidencia «todo lo que el comienzo de nuestro siglo denunció y que, veinticinco años más tarde, hemos vuelto suicidamente a adular». Los remeros del Volga, que eran los novecentistas varados en el río revuelto de la revolución española, sentían cómo «el barro, el barro de la secular barbarie, se ha pegado horrorosamente

<sup>57</sup> Eugenio d'ORS: «Barroquismo y romanticismo», *Abc*, 30 de julio de 1928; reproducido en Eugenio d'ORS: *Nuevo glosario...*, II, p. 321.

<sup>58</sup> Eugenio d'ORS: «El romanticismo político», *Abc*, 15 de enero de 1930; reproducido en Eugenio d'ORS: *Nuevo glosario...*, II, p. 573.

<sup>59</sup> Eugenio d'ORS: «Al margen de la historia», *El Debate*, 25 de noviembre de 1932; reproducido en Eugenio d'ORS: *Nuevo glosario...*, II, p. 865.

<sup>60</sup> Jaime DELGADO: «Eugenio d'Ors y su misión hispánico», en AA.VV: *Academia del Faro de San Cristóbal. Homenaje a Eugenio d'Ors*, Madrid, Editora Nacional, 1968, p. 82.

a sus pies»<sup>61</sup>. Sentían en sus carnes el crecimiento triunfal de la selva romántica (del grito «¡Ua-uuuu!» que da título a la glosa en cuestión), desecho de todas las prehistorias habidas y por haber: «El siglo XIX [...] significa para el siglo XX una enfermedad mal curada». Por eso d'Ors cuenta la siguiente «anécdota»: abre el balcón de su casa y oye un batallón interpretar el Himno de Riego, lo cual le trae a la memoria la Milicia Nacional y las consignas de Libertad y Nación. Como acababa de escribir el historiador maurrasiano Jacques Bainville, España volvía a estar dominada por lo peor del siglo XIX, es decir, «por una íntima, profunda excitación de nacionalismo»<sup>62</sup>.

En noviembre de 1932, transcurridas algunas semanas de las elecciones al Parlamento catalán que supusieron la victoria de la izquierda catalanista, d'Ors vuelve a Carl Schmitt para remachar su certidumbre de que «oportunismo y liberalismo se encadenan; anticulturales, porque nacionalistas; irreligioso, en lo superficial como en lo profundo»<sup>63</sup>. Era el desastre, consagrado por el pueblo elevado a la categoría de dueño y señor de la organización de las cosas, también de las cosas de la «Cultura». Era el triunfo de los re-creadores de las naciones, se llamaran Vico, Rousseau o Herder. La vuelta a lo primigenio significaba el retroceso a lo primitivo: «El siglo XIX, más que “estúpido”, como alguien le ha llamado, es “loco”, en el sentido de la locura barroca de la dimisión de la dignidad en la naturaleza»<sup>64</sup>. Y custodiando a Rousseau, el pequeñismo nacionalista: «Aconteció una vez en una capital de provincia —¡mil perdones!, de Nación—»<sup>65</sup>. Contra semejantes erupciones de sentimiento antipolítico había llegado la hora de la verdad. Lo cierto es que, cuando d'Ors se hace ese propósito, empieza a asomar una «fuerza

<sup>61</sup> Eugenio D'ORS: «¡Ua-uuuu!», *Abc*, 23 de abril de 1931; reproducido en Eugenio D'ORS: *Nuevo glosario...*, II, p. 763.

<sup>62</sup> Eugenio D'ORS: «Recaída», *Abc*, 9 de mayo de 1931; reproducido en Eugenio D'ORS: *Nuevo glosario...*, II, pp. 768-769.

<sup>63</sup> Eugenio D'ORS: «Lo mismo daba», *Abc*, 23 de noviembre de 1932; reproducido en Eugenio D'ORS: *Nuevo glosario...*, II, p. 862.

<sup>64</sup> Eugenio D'ORS: «Las epifanías», *El Debate*, 5 de enero de 1933; reproducido en Eugenio D'ORS: *Nuevo glosario*, III (MCMXXXIV-MCMXLIII), Madrid, Aguilar, 1949, p. 77.

<sup>65</sup> Eugenio D'ORS: «El aficionado», *El Debate*, 25 de enero de 1933; reproducido en Eugenio D'ORS: *Nuevo glosario...*, II, p. 932.

nueva», decidida partidaria de la acción directa, en cuyo frontispicio figura el nombre de Rousseau, tachado de «nefasto», y la idea de nación sustituida por la de imperio.

## Anticatalanista por antirromántico

Eugenio d'Ors interpretó las palabras de Primo de Rivera en el mitin inaugural de la Falange como «un valiente discurso donde se definía el sentido, si no el programa, de una fuerza nueva que se dispone a actuar con brío en la política española»<sup>66</sup>. El Pantarca reconocía en las catilinarias de José Antonio parte de sus inquietudes, empezando por el sentir antirrousseauiano y terminando por la propuesta de derribo del nacionalismo hecha con arreglo no a una geografía precisa, sino a una metafísica. También a una suerte de estilo<sup>67</sup>. Maximiliano Fuentes Codera ha estudiado a fondo la «apropiación imaginativa de las ideas orsianas» por parte de Primo de Rivera, la principal de las cuales habría sido la del «no nacionalismo», convertido en eje del discurso falangista<sup>68</sup>.

Hacía un siglo que en España habían acaparado el concepto de nacionalismo *los* nacionalismos, basándose en el amor por lo connatural y lo cordial: la lengua, la geografía, la historia, el folclor. Así las cosas, lo nacional se había convertido en epifenómeno de lo romántico. Para d'Ors, la «fuerza nueva» que nacía en 1933 debía evitar a toda costa recaer en la trampa del naturalismo. Si bien se mira, tampoco podía hacerlo, a falta de *elementos objetivos* en los que apoyarse. España no era una nación; al menos no era una nación al estilo de las que había pergeñado el romanticismo. Por ese lado había que renunciar a toda esperanza. Y es que, como señala Xosé M. Núñez Seixas, «no se podía construir una nueva nación con sino im-

<sup>66</sup> Eugenio D'ORS: «Del sufragio», *El Debate*, 26 de noviembre de 1933; reproducido en Eugenio D'ORS: *Nuevo glosario...*, III, p. 180.

<sup>67</sup> Acerca de la retórica joseantoniana véase Ricardo MARTÍN DE LA GUARDIA: «José Antonio Primo de Rivera o el estilo como idea de la existencia», en Ferran GALLEGRO y Francisco MORENTE (eds.): *Fascismo en España*, Barcelona, El Viejo Topo, 2005, pp. 163-178.

<sup>68</sup> Maximiliano FUENTES CODERA: «Eugenio d'Ors y la génesis del discurso del nacionalismo falangista», <http://ifc.dpz.es/recursos/publicaciones/32/79/09fuentes.pdf>.

perial negando la realidad»<sup>69</sup>. Con lo cual se trataba de edificar una unidad facticia para luego proyectarla en el tiempo. El producto resultante sería más sólido cuanto más *irreal* fuese: cuanto más *ideal* fuese. A los fascistas españoles, nacionalistas sin nación, les quedaba un «imperio» por venir. Así creían resolver la contradicción de proclamarse ultranacionalistas a la par que antinacionalistas<sup>70</sup>.

Muy probablemente José Antonio tomara buena nota de los planes de d'Ors, voceados desde las páginas de *Abc* y *El Debate*. También es más que razonable creer que se apropió de algunos de ellos en las conversaciones mantenidas con el propio Pantarca en los años 1932 y 1933, así como en las cartas que al parecer que por aquellas fechas ambos se cruzaron. En una de esas misivas, el futuro líder manifestaba a Xènius, el antiguo pancatalanista, que «el nacionalismo es una pura sandez», sometido como estaba al «pecado original de naturalismo»<sup>71</sup>. Pero la verdad es que en el «clasicismo fascista» de José Antonio Primo de Rivera anidaba algo más que orsismo teórico<sup>72</sup>. José Antonio contaba, amén de las inducciones del glosador, con su vivencia, con su presencia entre nacionalistas.

De marzo de 1922 a septiembre de 1923 el primogénito del entonces capitán general de Cataluña convivió con el estallido del terrorismo de origen sindical que golpeaba casi a diario las calles de Barcelona, convertidas en rosas de fuego. También convivió con la emergencia de algo que para él debía de resultar más insólito, si cabe: el separatismo catalán organizado. Aquí hay una sincronía que debería de tomarse en consideración. Mientras el joven Primo de Rivera cumplía el servicio militar en la Ciudad Condal, los cachorros de la Lliga se escindían del partido madre para fundar Ac-

---

<sup>69</sup> Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS: «De gaitas y liras: sobre discursos y prácticas de la pluralidad territorial en el fascismo español (1930-1950)», en Miguel Ángel RUIZ CARNICER (ed.): *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975). Actas del congreso celebrado en Zaragoza del 22 al 24 de noviembre de 2011*, Zaragoza, IFC, 2013, p. 296.

<sup>70</sup> Sobre el «ultranacionalismo antinacionalista» véase Ismael SAZ CAMPOS: *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003, pp. 138-155.

<sup>71</sup> Eugenio D'ORS: «Recuerdos de José Antonio», *Levante*, 25 de noviembre de 1939; reproducido en Eugenio D'ORS: *Nuevo glosario...*, III, pp. 709-710.

<sup>72</sup> Tomo la expresión «clasicismo fascista» de Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: *El pensamiento político de la derecha española en el siglo XX. De la crisis de la Restauración al Estado de partidos (1898-2000)*, Madrid, Tecnos, 2005, pp. 153-159.

ció Catalana (junio de 1922) y los más radicales se apuntaban a la vía insurreccional de Estat Català (julio de 1922). Es cuando el diario *La Publicidad*, hasta entonces republicano e «internacionalista», se torna *La Publicitat*, nacionalista a la brava. Aquellos jóvenes de las familias bien de la Lliga, que en presencia de José Antonio solían pasarse al castellano, acaso empezaban a cambiar de actitud<sup>73</sup>. Entre los espasmos de separatismo se encontraba el «mundo más abierto que ensanchado» que tanto dijo afeardar el hijo del que muy pronto sería dictador de España<sup>74</sup>.

La estancia de José Antonio en Barcelona también se solapó con los últimos coletazos de la «defenestración» de Xènius. Los meses de servicio militar en la capital catalana resultaron definitivos en la manera de pensar del que con el tiempo habría de convertirse en el fundador de la Falange. Cuenta Josep Pla que José Antonio le confesó, un día del convulso 1930, que «todo lo que sé lo aprendí leyendo en la Biblioteca de Catalunya»<sup>75</sup>. Y Valls Taberner, que allí «se informó de antecedentes históricos, de características literarias, de emociones sentimentales, de rasgos psicológicos...»<sup>76</sup>. Allí convivió con un nacionalismo práctico y estructurado, vívido. En agosto de 1930, José Antonio reconocía que «he sentido, querido, gozado y sufrido en Barcelona, y me han quitado bastantes noches el sueño algunos ojos catalanes radiantes»<sup>77</sup>. Allí, en cierto modo, él mismo había podido constatar la personificación del romanticismo político.

Todo eso hace sospechar que la querencia antirromántica de José Antonio coadyuvó a sostener su discurso anticatalanista de los años treinta. Si bien es cierto que el supuesto descarrío de España no se manifestaba sólo en clave regional y que el propio José Anto-

<sup>73</sup> Felipe XIMÉNEZ DE SANDOVAL: *José Antonio. Biografía*, 2.<sup>a</sup> ed., Madrid, Gráficas Lazareno-Echániz, 1949, p. 47.

<sup>74</sup> *Ibid.*, p. 45. Para una panorámica del momento germinal del separatismo catalán sigue vigente Enric UCCELAY-DA CAL: *La Catalunya populista. Imatge, cultura i política en l'etapa republicana (1931-1939)*, Barcelona, Edicions de La Magrana, 1982, esp. pp. 93-120.

<sup>75</sup> Josep PLA: «Darrers escrits», en *Obra completa*, t. 44, Barcelona, Destino, p. 174.

<sup>76</sup> Fernando VALLS TABERNER: «José Antonio y Cataluña», *La Vanguardia Española*, 2 de marzo de 1939; reproducido en Fernando VALLS TABERNER: *Reafirmación espiritual de España...*, p. 109.

<sup>77</sup> Carlos DE ARCE: *José Antonio. Biografía*, Barcelona, ATE, 1983, p. 70.

nio había dado el paso de saltar a la arena política para combatir a «los republicanos románticos [que] sueñan y piensan en una revolución burguesa al estilo de las del siglo pasado»<sup>78</sup>, no lo es menos que uno de los detonantes de su *engagement* vendrá dado por el nacionalismo, y muy particularmente por el nacionalismo catalán. Por encima de todas las preocupaciones del hijo del exdictador destacaba una. Estaba la deriva lingüístico-cultural que había tomado el régimen republicano, primero despenalizando el uso del catalán, lo que para los jonsistas ya de por sí representaba una «traición de idioma»<sup>79</sup>; después, merced al Estatuto de 1932, estableciendo la equiparación legal castellano-catalana.

## El Aribau de José Antonio

Dentro de este marco de referencias debe encuadrarse la «Arenga a Cataluña», estampada en el primer número de la revista *FE*, en diciembre de 1933. En ella el líder de la recién constituida Falange Española aludía a la reconquista de la unidad «frente al angosto particularismo y al paso atrás de las fragmentaciones suicidas». Aludía a los últimos cien años de Cataluña, estrenados con los versos que el barcelonés Aribau había dedicado a «La Pàtria», a su patria particular:

«Desde Buenaventura Carlos Aribau, aquel a quien el corbatín romántico le estrangulaba la amplitud de voz para hacerle balbucear: “En llemosí li parl, que llengua altra no sent...””, hasta la estrella solitaria del presidente Maciá, todo ha sido, en este siglo de historia catalana, tentativa de suicidio entre turbios cendales románticos»<sup>80</sup>.

Los versos que habían servido para fechar el inicio del renacimiento lingüístico-literario catalán entonces contaban con un siglo exacto de vida. Además encajaban con la cronología empleada para describir los primeros éxitos de las «tesis románticas y liberales». Los versos de Aribau, sentimentales y desfasados, constituían

<sup>78</sup> Felipe XIMENEZ DE SANDOVAL: *José Antonio...*, p. 94.

<sup>79</sup> *La conquista del Estado*, 23 (24 de octubre de 1931).

<sup>80</sup> José Antonio PRIMO DE RIVERA: «Arenga a Cataluña», *FE*, 1 (7 de diciembre de 1933); reproducido en *José Antonio y Cataluña*, s.l., s.i., s.d., p. 9.

un óptimo pretexto para arengar a los catalanes de 1933. Pero su revalorización entrañaba algo más que lírica. El nombre de «lemosín», conferido al catalán literario, significaba tanto el catalán medieval como el del tiempo. Pero aquel nombre exótico, y hasta cierto punto «extranjero», también reflejaba un estado de ánimo entre el catalanismo del momento republicano de 1933, que se atrevía a pensar que la nacionalización de la lengua del país de los catalanes suponía la *renaixença* de un espacio, también de convivencia política, que trascendía las fronteras de los estados constituidos. ¿Un destino en lo universal alternativo? Según el falangista reusense José María Fontana Tarrats, no cabía duda, habida cuenta de lo que el poeta J. V. Foix le dijo poco antes del advenimiento de la República. Al ser preguntado sobre si era «fascista», parece ser que Foix respondió: «¡Claro que lo soy! Pero mi misión imperial no es Gibraltar o Marruecos, sino Nimes y Carcasona»<sup>81</sup>.

Coincidiendo con el día de San Jorge, la organización Palestra, que acogía a los activos del catalanismo más radical, experimenta una especie de paroxismo. Aprovechando el centenario de «La Pàtria», de Aribau, se apuntaba a la resurrección en toda regla de uno de los viejos ensueños del catalanismo literario y de rebote político: la irradiación de la lengua y la cultura recobradas más allá de las fronteras estatales, o sea, «artificiales». Tanto es así que en 1933 dicha pretensión superará la expectativa más habitual, consistente en circunscribir la comunidad catalanohablante a su esfera tradicional, para dar un paso más y asaltar la posibilidad de unir a la misma a los habitantes de casi media Francia. De ahí que, en vez de una «Gran Cataluña», ahora haya quien conciba una «Gran Occitania», articulada por un «lemosín» redivivo: el idioma de los trovadores medievales «catalano-occitanos». Es la culminación de lo que podríamos llamar «la ilusión occitana»<sup>82</sup>.

De entre los muchos testimonios de las alegrías pancatalanistas de 1933 hay dos especialmente elocuentes. Está la sección diaria que el periódico *La Humanitat*, órgano de Esquerra Republicana de Catalunya, partido en el poder en la Generalitat, titulaba «Terres de llen-

---

<sup>81</sup> José M.<sup>a</sup> FONTANA: *Los catalanes en la guerra de España*, Madrid, Samarán, 1951, p. 211.

<sup>82</sup> August RAFANELL: *La il·lusió occitana. La llengua dels catalans, entre Espanya i França*, 2 vols., Barcelona, Quaderns Crema, 2006.

gua catalana. Catalunya-València-Balears-Occitània». La nueva columna de *La Humanitat* se iniciará el 11 de julio y se mantendrá durante casi ocho meses. El mismo día que el diario de la Esquerra inauguraba dicha sección, el londinense *The Morning Post*, uno de los tabloides más influyentes de Gran Bretaña, dedicaba su editorial al movimiento pancatalanista bajo el epígrafe «Troubadours and water butts». En las páginas interiores hasta ofrecía el mapa de la pretendida expansión del catalanismo más allá de sus fronteras «naturales», con la mira puesta en la creación de una gran Occitania, «a New Nation for Europes». Bonaventura Carles Aribau, junto con Frédéric Mistral, ejercía de luz y guía de los postulantes de aquella aventura<sup>83</sup>.

En noviembre de 1933, en plena campaña electoral por el Frente de Derechas, José Antonio sentenciará que «España ya no es una». No lo era, entre otras cosas, porque «dentro de unos años no sabemos si tendremos que llevar intérpretes para recorrer tierras que fueron España». La constitución republicana se había trocado en una «República cantonal»<sup>84</sup>. Pero no será hasta unos meses después que José Antonio publicaba su más celebrado mentís antinacionalista, reimpresso «millares de veces» durante la Guerra Civil<sup>85</sup>. Se trataba del artículo «La gaita y la lira», aparecido en el segundo número de la revista *FE*. Aquí va, como comprimida, toda la animosidad antirromántica del dirigente falangista. Frente a la «elemental impregnación de lo telúrico», frente a la «succión de la tierra», portadora de «venenosa sensualidad», descuella «lo más depurado de gangas terrenas; lo más agudo y limpio de contornos; lo más invariable». Por encima de la realidad preestablecida por la naturaleza urge recurrir a «una empresa»<sup>86</sup>. Este tipo de metáforas hacen pensar poderosamente en las que solían poblar las prosas de Eugenio d'Ors, ya fueran las catalanas o las castellanas.

<sup>83</sup> «“Occitania”. A New “Nation” for Europe. The land of the troubadours. Franco-Spanish Mouvement», *The Morning Post*, 11 de julio de 1933.

<sup>84</sup> José Antonio PRIMO DE RIVERA: «Discurso sobre las Cortes Constituyentes» [12 de noviembre de 1933]; reproducido en José Antonio PRIMO DE RIVERA: *Obras completas...*, p. 92.

<sup>85</sup> Felipe XIMÉNEZ DE SANDOVAL: *José Antonio...*, p. 176. Para el impacto entre los adeptos catalanes véase, por ejemplo, *Destino*, 19 (10 de julio de 1937), y *Destino*, 64 (21 de mayo de 1938).

<sup>86</sup> José Antonio PRIMO DE RIVERA: «La gaita y la lira», *FE*, 2 (11 de enero de 1934); reproducido en José Antonio PRIMO DE RIVERA: *Obras completas...*, pp. 407-408.

Bien mirado el propio título de «La gaita y la lira» también pudiera atribuirse a una vaga inspiración catalana. La referencia a «la gaita» recuerda las palabras que Joaquim Rubió i Ors, coetáneo de Aribau, dispuso en el prólogo de sus poesías en 1841. Aparte de llamar por la «independencia literaria» de Cataluña, en su prólogo Rubió se transmutaba en «lo Gayté del Llobregat» para evocar al poeta que «es presenta al certámen vestit de un modest mantell, y ab una gayta que callará tant prest com se deixen sentir los preludis de una lira catalana». Gaitas y liras van juntas, pues, en un texto premonitorio de bastantes cosas<sup>87</sup>. Premonitorio, si no más, de una propuesta (romántica) de renacimiento literario catalán. Eugenio d'Ors, que reclamaba un lejano parentesco con Rubió<sup>88</sup>, no podía no saberlo. Y con él lo debían de saber sus discípulos imperialistas.

Por lo que respecta a las liras que aparecen en el famoso texto de José Antonio, cabría pensar en el personaje que en cierto modo era el reverso de Rubió: Manuel de Cabanyes. Catalán de expresión castellana, Cabanyes publicó *Preludios de mi lira* exactamente el mismo año en que Aribau daba a conocer su oda «La Pàtria».

Entre románticos y catalanizantes habían transcurrido los «cien años de Cataluña» que Ignacio Agustí fustigara no bien terminada la Guerra Civil. Para José Antonio, sin embargo, a pesar de tanta superposición artificial, quedaba una Cataluña sana, la que llenaba las tiendas familiares de los alrededores de la Plaza Real, la que bailaba sardanas, la que perpetuaba «una tradición de poesía gremial». La que, en suma, se había mantenido al margen de la *Renaixença*, de un movimiento de desviación «también poético, separatista»<sup>89</sup>.

## La escultura selectiva

Cuando en abril de 1934 José Antonio da a conocer su «Ensayo sobre el nacionalismo», el discurso que desde la extrema derecha antirrepublicana había de desguazar el catalanismo estaba listo. A

<sup>87</sup> Joaquim RUBIÓ Y ORS: *Lo Gayté del Llobregat. Poesias*, Barcelona, Estampa de Joseph Rubió, 1841, p. VI.

<sup>88</sup> Enric JARDÍ: *Eugeni d'Ors...*, p. 19.

<sup>89</sup> José Antonio PRIMO DE RIVERA: «Los vascos y España» [18 de febrero de 1934]; reproducido en José Antonio PRIMO DE RIVERA: *Obras completas...*, p. 195.

esas alturas a nadie podía extrañar que un adversario del sistema vigente en España combatiera la idea de nación sobre la base de que ésta participaba de la «tesis romántica». Lo distintivo, ya fuera «la tierra, la música, la lengua, los viejos usos campesinos [o] el recuerdo familiar de los mayores», debía descartarse como activo político, porque era el resultado de «lo espontáneo». Por encima de la dispersión biológica urgía levantar «firmes reductos clásicos, inexpugnables»<sup>90</sup>. Urgía la institucionalización del antirrousseauismo como método. Tal y como expondrá orsianamente el dirigente falangista en Zaragoza el 17 de febrero de 1935: «Rousseau era un romántico enfermizo y decadente que no podía soportar las grandes cosas de los grandes imperios, que se aburría ante las edificaciones ingentes [...] Lanzó la consigna de volver a la naturaleza, que es el concepto poético en que se recogen los que no soportan las instituciones»<sup>91</sup>.

Apoyado en esa convicción, José Antonio publicó «El Alijo», un artículo en el que aparece una novedad para la historia del pensamiento anticatalanista, toda vez que golpea la normativización del idioma catalán:

«Eso que antes era viejo poso sentimental, expresado en usos y bailes, fue sometido a un concienzudo cultivo de rencor. El alma catalana, fuerte y sencilla, fue llenándose de veneno. Áridos intelectuales compusieron un idioma de laboratorio sin más norma fija que la de quitar toda semejanza con el castellano. Cataluña llegó a estar crispada de hostilidad para con el resto de la Patria»<sup>92</sup>.

El líder de la Falange se refería al catalán *nacionalizado* en los primeros años del siglo XX. El «idioma de laboratorio» no era sino el producto más excelso de todos cuantos había fabricado el *nou-*

---

<sup>90</sup> José Antonio PRIMO DE RIVERA: «Ensayo sobre el nacionalismo», *JONS* (16 de abril de 1934); reproducido en José Antonio PRIMO DE RIVERA: *Obras completas...*, pp. 419-421.

<sup>91</sup> José Antonio PRIMO DE RIVERA: «Conferencia pronunciada en Zaragoza, en el cinema Alhambra, en el curso organizado por el Ateneo, sobre el tema “El Nuevo Orden”, el domingo 17 de febrero de 1935», en *Textos biográficos y epistolario. José Antonio íntimo*, 3.<sup>a</sup> ed., Madrid, Ediciones del Movimiento, 1968, p. 387.

<sup>92</sup> José Antonio PRIMO DE RIVERA: «El Alijo», *Arriba*, 2 (28 de marzo de 1935); reproducido en José Antonio PRIMO DE RIVERA: *Obras completas...*, pp. 587-588.

*centisme*. Había sido la obra de unos «áridos intelectuales» con el ingeniero-lingüista Pompeu Fabra a la cabeza, figura clave a la hora de fijar para el catalán una ortografía (1913), una gramática (1918) y un diccionario general (1932). José Antonio sabía de qué hablaba. No en balde su estancia en Barcelona coincidió con el remate de la reforma de Fabra, que en 1922 había hallado en el traspaso lingüístico de *La Publicidad* un decisivo jalón. Entonces apenas ya queda ningún papel notable que no haya adoptado el idioma renovado<sup>93</sup>. José Antonio, además, tenía que recordar forzosamente los encendidos debates acerca del Estatuto catalán, y muy en particular los protagonizados por Antonio Royo Villanova, príncipe del españolismo republicano, quien el 30 de junio de 1932 desafiaba a los diputados catalanistas diciéndoles: «Habéis hecho un catalán de laboratorio en el Instituto de Estudios Catalanes que no tiene nada que ver con ese catalán que se elabora por el pueblo, que es donde está el origen del idioma [...]. Habéis inventado una lengua, una prosodia y una ortografía, y habéis querido imponerla y queréis la coacción de la inteligencia, de la enseñanza, para darla vida artificial, porque sólo por la fuerza podrá prevalecer un idioma que quiere, artificiosamente, imponerse a la rica espontaneidad del castellano, que nace del pueblo»<sup>94</sup>.

La lengua patrocinada por el *noucentisme* respondía a la consigna según la cual el particularismo romántico llevaba a la desagregación y al desastre. Sino que, al fin y a la postre, el catalán normativizado por Pompeu Fabra también se propuso reaccionar ante la perpetuación naturalista. No hay duda de que los *mots d'ordre* lanzados por Xènius alimentaron en gran medida tal empresa. Ocurre que, contemplados por un «sobrenacionalista» hispano de los veinte y treinta, aquellos mismos dictados sabían a error. Sabían a error de perspectiva, no de vocación. Rafael Sánchez Mazas, transmisor a la vez de las tesis orsianas y las joseantonianas, clamaba: «Odiad lo

<sup>93</sup> Sobre las resistencias a la normativización *noucentista* véase August RAFANELL: «La bella mentida de Montoliu», en *Notícies d'abans d'ahir. Llengua i cultura catalanes al segle XX*, Barcelona, A Contravent, 2011, pp. 181-201, e ID.: «Miquel i Planas, a la dreita de Fabra», en *Notícies d'abans d'ahir. Llengua i cultura catalanes al segle XX*, Barcelona, A Contravent, 2011, pp. 203-269.

<sup>94</sup> Antonio ROYO VILLANOVA: *Treinta años de política antiespañola*, Valladolid, Librería Santarén, 1940, p. 153.

pintoresco y amado lo esculpido»<sup>95</sup>. En el caso del idioma establecido por Fabra y adoptado por el poder local en las dos primeras décadas del novecientos, la escultura resultante rehuía lo pintoresco, condenaba expresamente el espontaneísmo naturalista. Para un *novecentista* hispano, la construcción que en su día había querido cimentar la imagen de un «Imperi» resultaba inconveniente, perversa y adversa, como sea que entorpecía la misión del «Imperio».

El *glosari* de Eugenio d'Ors está atestado de invitaciones a la reelaboración de la lengua catalana<sup>96</sup>. Para el joven d'Ors, secretario del Institut d'Estudis Catalans hasta su «defenestración», la tarea había de consistir en «l'ennobliment literari de la llengua, son enriquiment per la via tradicional o imperial, per estudi del passat clàssic o per flexible adequació a les necessitats modernes». El combate contra la inercia desde la arbitrariedad había reportado uno de los frutos más sabrosos del *noucentisme*: «El català en què es produeixen de fa alguns anys els més selectes homes de lletres porta tal vantatge al de no gaire temps abans, que sembla que hagin passat entremig, no ja un sigle, sinó varis sigles de civilització»<sup>97</sup>. En un momento dado, Xènius apelaba a las «santes empreses de filològica policia»<sup>98</sup>.

Pero llegará el momento en que d'Ors se marcha de Cataluña. A partir de ese momento su «nuevo glosario» capeará el arbitristo catalanista de los años pasados. Si acaso recorrerá el ca-

<sup>95</sup> Rafael SÁNCHEZ MAZAS: «Hábito y estilo», *FE*, 3 (18 de enero de 1934); reproducido en Rafael SÁNCHEZ MAZAS: *Fundación, hermandad y destino*, Madrid, Ediciones del Movimiento, 1957, p. 55.

<sup>96</sup> Véase Eugenio d'ORS: «Segons la guerra, així el fusell», *La Veu de Catalunya*, 15 de octubre de 1906; reproducido en Eugenio d'ORS: *Glosari, 1906-1907...*, pp. 286-287; *id.*: «L'espigarda i el màuser», *La Veu de Catalunya*, 18 de octubre de 1906; reproducido en Eugenio d'ORS: *Glosari, 1906-1907...*, pp. 287-288; *id.*: «El Primer Congrés de l'espigarda», *La Veu de Catalunya*, 19 de octubre de 1906; reproducido en Eugenio d'ORS: *Glosari, 1906-1907...*, p. 289; *id.*: «Les Qüestions de gramàtica catalana d'En Pompeu Fabra», *La Veu de Catalunya*, 13 de febrero de 1911; reproducido en *Glosari, 1910-1911...*, pp. 483-485, e *id.*: «Les faltes i les sobres», *La Veu de Catalunya*, 2 de marzo de 1912; reproducido en *Glosari, 1912-1913-1914...*, pp. 106-107.

<sup>97</sup> Eugenio d'ORS: «Urgències», *La Veu de Catalunya*, 27 de enero de 1911; reproducido en *Glosari, 1910-1911...*, p. 458.

<sup>98</sup> Eugenio d'ORS: «Cuitem!», *La Veu de Catalunya*, 17 de enero de 1912; reproducido en *Glosari, 1912-1913-1914...*, p. 22.

mino inverso, proporcionando razones para inhabilitarlo de raíz. Por los días republicanos en los que Xènius presuntamente se entrevistaba con José Antonio Primo de Rivera, el Pantarca aprovechará una anécdota para criticar a Pompeu Fabra. La Académie Française había delegado la redacción de su texto normativo a Abel Hermant, personaje que, al igual que Fabra, tenía formación de ingeniero. Para un catalán anticatalanista como el d'Ors de 1932, aquel francés habría actuado «como otro gramático, que suelen llamar filólogo, catalán éste, don Pompeyo Fabra, fautor también principal de ciertos preceptos y soluciones en la estabilización del catalán contemporáneo, que no anda muy lejos de equipararse a los desaguisados lingüísticos de M. Abel Hermant». La ingeniería, aplicada sobre la naturaleza de una lengua, «trae consigo estos absurdos que todo el mundo ha advertido ya en la estabilización del catalán moderno»<sup>99</sup>.

El «laboratorio» quedaba vedado a según qué experimentos. Al cabo de poco, y con una guerra de por medio, Eugenio d'Ors, antiguo secretario del Institut d'Estudis Catalans, será designado por Franco secretario perpetuo del Instituto de España.

## Conclusión

El antirromanticismo de José Antonio Primo de Rivera hunde sus raíces en parte del pensamiento divulgado entre mediados del siglo XIX y las primeras décadas del XX. De Jaime Balmes a José Ortega y Gasset, de Charles Maurras a Carl Schmitt, existía una firme tradición intelectual de antirrousseauismo. Pero José Antonio no sólo abundó en la repulsión a lo romántico a fin de combatir el liberalismo político, sino también con objeto de invalidar el principio de las nacionalidades, en cuya base el primogénito del general Primo de Rivera detectaba el triunfo póstumo del naturalismo propugnado por Jean-Jacques Rousseau. Por lo demás, la vivencia barcelonesa del joven José Antonio debió de avivar su aprensión hacia el nacionalismo, entonces en pleno despegue en los papeles y en las calles de Cataluña.

---

<sup>99</sup> Eugenio D'ORS: «Escándalo académico», *El Debate*, 24 de julio de 1932; reproducido en *Nuevo glosario...*, III, pp. 41-42.

Sirviéndose de las tesis arbitristas del Eugenio d'Ors «defenestrado» del catalanismo, que explanaban las que el propio filósofo barcelonés había dispuesto anteriormente en lengua catalana, José Antonio arremeterá contra el sentimiento que legitimaba tanto el liberalismo como el individualismo local. Con el advenimiento de la Segunda República, el despechado hijo del dictador caído en desgracia fundará Falange Española, organización que pretendía combinar la fe antidemocrática con el rechazo a todo particularismo. El momento se prestaba a un doble combate, con la animadversión a Rousseau por bandera.

En la Cataluña hegemonizada por la izquierda, en 1933 se produce la apoteosis del nacionalismo lingüístico catalán aprovechando la celebración del centenario de la *Renaixença*, movimiento emblematizado por los versos «lemosines» de Bonaventura Carles Aribau. El Aribau que, para el joseantoniano García Venero, era «en el nacionalismo, un símbolo»<sup>100</sup>. Semejante sobreexcitación patriótica acabará conduciendo al líder del fascismo hispano a abominar en bloque del último siglo de Cataluña, así como de su muestra más explícita, la lengua catalana revitalizada por los románticos y posteriormente arbitrada por el *noucentisme*.

De modo que Eugenio d'Ors, simpatizante del falangismo desde su primera hora, tuvo que asistir al descrédito del catalán literario, un producto que él mismo había contribuido a elaborar. Y hacerlo al calor del pensamiento de José Antonio Primo de Rivera, el discípulo que, al cabo de una guerra civil, se iba a convertir en maestro.

---

<sup>100</sup> Maximiano GARCÍA VENERO: *Historia del nacionalismo catalán (1793-1936)*, Madrid, Editora Nacional, 1944, p. 48.